



## Introducción

No es fácil decir qué es un monstruo marino, entre otras cosas porque este concepto ha sido muy variable a lo largo del tiempo, y, de hecho, algunas de las definiciones que se han ofrecido son contradictorias. Mientras muchos autores, tanto clásicos como medievales, definen al monstruo como algo *contra naturam* o “contra la naturaleza”, para san Agustín e Isidoro de Sevilla, un monstruo era parte del plan de Dios, un adorno del universo que también podía enseñar acerca de los peligros del pecado. La condición de hibridación es citada a menudo como una característica definitoria de los monstruos, pero, aunque sea un rasgo frecuente, no es necesario. Según Chet van Duzer, un monstruo se puede definir como una criatura sorprendente y exótica (independientemente de si se consideraba real o mítica), y, aunque la mayoría de las veces los aspectos sorprendentes y exóticos de los monstruos implican deformidad física (definida en los términos de las normas europeas entonces vigentes); también hay casos de deformidad moral (definida de nuevo en referencia a las normas vigentes)<sup>1</sup>.

Los autores antiguos solían utilizar el término *bellua*, y, realmente, hasta la época medieval, concretamente con Tomás de Cantimpré en el siglo XIII, los monstruos marinos no se convertirían en una categoría separada de los restantes animales acuáticos. Esta separación fue mantenida por algunos autores tardomedievales, y casi nunca en los tiempos modernos, con la notable excepción de Olao Magno en el siglo XVI y Eric Pontoppidan en el siglo XVIII, ambos, casualmente, escandinavos. Pero el análisis de los textos donde se observa esta diferenciación nos permite realizar un somero catálogo, en el cual el lugar de honor, en todas las épocas, corresponde a los grandes cetáceos y al confuso mundo de los monstruos

---

1 VAN DUZER, Chet, “*Hic sunt dragones: la geografía y la cartografía de los monstruos*”, *eHumanista*, 47, 2021, pp. 29-30.

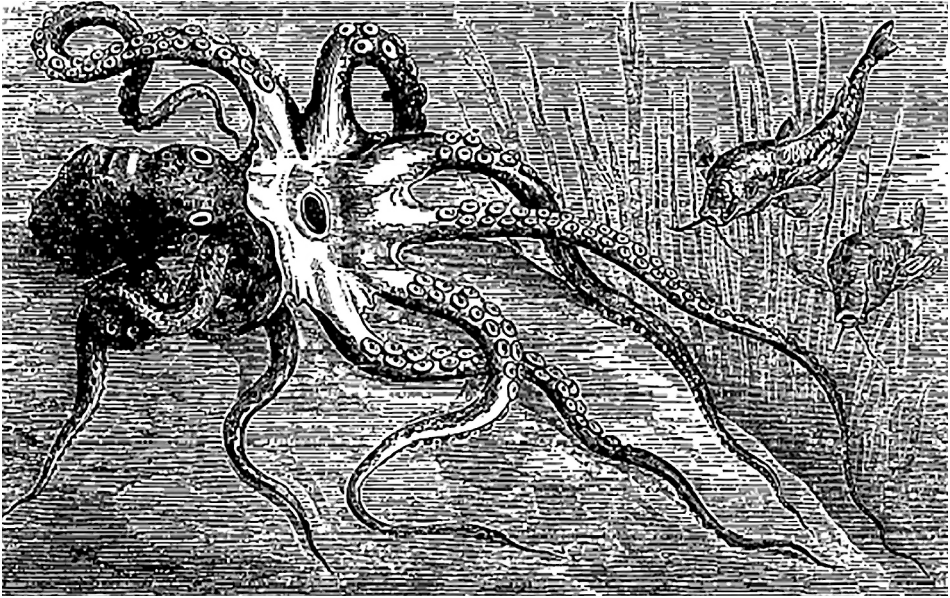


Figura 0.1. Pulpo, en Armand Landrin, *Les montres marins*, París, 1877, p. 25.

antropomorfos, junto a aquellas criaturas que por su carácter bizarro y extraño no parecen corresponderse claramente con ninguna especie conocida, y los especialistas (al menos los que proceden de la historia cultural) tampoco han hecho muchos esfuerzos por establecer alguna identificación, siendo una de las escasas excepciones el intento de conectar las criaturas aparecidas en el *Hortus Sanitatis*, de finales del siglo xv, con las especies actuales<sup>2</sup>.

El concepto, sin embargo, puede ser mucho más amplio: según Armand Landrin (1844-1912), que no era zoólogo, sino conservador de etnografía en el museo parisino del Trocadero, en su conocida obra *Les monstres marins*, el término de monstruoso se puede aplicar a “*tout animal prodigieux par rapport aux autres animaux de la meme classe, a quelque titre ce que soit*”, contraponiéndolo a *anomal*, “*tout animal prodigieux par rapport aux autres animaux de la meme espece*”. De esta manera, la palabra monstruo no indica una deformidad, sino todo lo que escapa a nuestra imaginación, normalmente en un sentido opuesto al que nos produce la armonía de las proporciones y la belleza<sup>3</sup>. Tras esta introducción, el autor nos muestra una variada panoplia, en la que podemos encontrar peces como el pez martillo, reptiles como la serpiente de mar, cetáceos como la ballena, el cachalote,

2 JACQUEMARD, Catherine, GAUVIN, Brigitte, et al., *Hortus Sanitatis: Livre IV, les Poissons*, Caen, Presses Universitaires, 2013.

3 LANDRIN, Armand, *Les monstres marins*, 2 edición, París, 1877, p. 4.



Figura 0.2. Calamar, en Armand Landrin, *Les monstres marins*, París, 1877, p. 41.

o el narval, cefalópodos como el kraken o el calamar gigante, o seres imaginarios como el monstruo leonino, el tritón, o la sirena, extrayendo muchas de sus ilustraciones de obras clásicas como las de Olao Magno, Guillaume Rondelet, Aldrovandi o Pontoppidan (figuras 0.1 y 0.2).

Sin embargo, no debemos quedarnos solamente en un catálogo de especies, sino ir un paso más allá y ver qué supone la creencia en estos seres. Los monstruos marinos responden muy bien a un modelo de conocimiento preocupado por lo único, lo particular y lo maravilloso, en el que la Historia natural no debía preocuparse tan sólo por lo que existía, sino por lo que podía existir, ya que la obra de Dios abarcaba infinitas posibilidades. Era un modelo de conocimiento basado en el principio de autoridad, y ello explica que determinados autores hayan sido seguidos, copiados y plagiados hasta la saciedad, y que los testimonios se repitan prácticamente sin variaciones, siendo los grandes fetiches Plinio para la Antigüedad, Cantimpré para la época medieval, y Olao Magno para períodos posteriores. La invención de la imprenta permitirá repetir no solamente los textos, sino también las ilustraciones, en un proceso de reutilización de las imágenes muy bien estudiado por Juan Pimentel para el caso del rinoceronte de Dürero, y que se fundamenta en el hecho de que salía más barato reproducir una imagen antigua que crear una nueva<sup>4</sup>.

Los monstruos marinos son un reflejo del miedo al mar, que tantas veces citaremos en esta obra. Todo ello se deriva de la especial condición del agua, que

4 PIMENTEL IGEA, Juan, *El rinoceronte y el megaterio*, Madrid, Abada, 2010.

en su violencia adquiere una cólera específica y que el hombre pretende dominar, por lo que el duelo de malignidad entre el hombre y el mar ha sido continuo<sup>5</sup>. Amén de ello, al agua han estado siempre muy ligadas las temibles ensoñaciones del destino funesto, la muerte o el suicidio, siendo el elemento melancólico por excelencia<sup>6</sup>. Y está muy asociada a la noche, dando origen al mito del Mar de las Tinieblas o Mar Tenebroso, en el que los antiguos navegantes localizaron todos los espantos imaginables<sup>7</sup>.

Asimismo, nacen de la dificultad de estudiar los animales marinos, especialmente los grandes cetáceos, a los que, por motivos evidentes, durante mucho tiempo no se les pudo mantener en cautividad. De hecho, dos fueron los procedimientos más habituales para ello, y ninguno proporcionaba una información excesivamente fiable, a saber, los avistamientos en alta mar y los varamientos. Ambos ofrecen un problema básico, a saber, que las informaciones recogidas no solían transmitirse a la cultura libresca y académica del momento.

Los avistamientos no se producían siempre en las mejores condiciones, dependiendo del estado del tiempo, o de las condiciones físicas del observador, muchas veces cansado, soñoliento, y subalimentado. Tal como indica Cristina Brito<sup>8</sup>, en los relatos de los viajes oceánicos hay numerosas referencias y descripciones de elementos naturales, como el clima, la geografía, la flora y la fauna. La aparición de animales marinos acontece a lo largo de los viajes marítimos que atraviesan el Atlántico o que siguen para el Océano Indico y la indicación de su presencia era determinante para la localización de la nave y para situar su posición respecto a la tierra. Además de indicadores geográficos, sirven también para la alimentación de los viajeros. Y es muy frecuente que, junto a los delfines, haya numerosas referencias a las ballenas, probablemente por tratarse, en ambos casos, de animales que seguían durante mucho tiempo a las embarcaciones. Una de tantas referencias se la debemos a la pluma de García de Silva, embajador de Felipe III ante la corte del shah de Persia en los primeros años del siglo XVII, al que le llama la atención, como no podía ser de otra manera, las descomunales dimensiones de estos animales:

---

5 BACHELARD, Gastón, *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia* (1942), 4ª reimposición, México, FCE, 2003, p. 29. Agradecemos al profesor Francisco Vázquez García el habernos proporcionado la referencia de esta obra.

6 BACHELARD, Gastón, *El agua y los sueños*, p. 140.

7 BACHELARD, Gastón, *El agua y los sueños*, p. 157.

8 BRITO, Cristina, "Os Comentários de Silva y Figueroa sobre o mundo natural marinho: Perceção da natureza durante as viagens oceanicas do recorrer dos séculos XVI e XVII", *Anotações e estudos sobre Don García de Silva y Figueroa e os Comentários da Embaixada a Persia (1614-1624)*, Lisboa, Centro de Historia de Além-Mar, 2011.

*“A la tarde de este último día aparecieron poco más de a cien pasos de la nave, a la parte de estribor, dos grandes ballenas juntas la mayor de las cuales que era la que se vio más cerca, mostró ser de una grandeza increíble, porque teniendo del todo cubierta la cabeza debajo del agua, se le veía a veces mucha parte de su gran lomo y cuerpo superior... muchos juzgaron según lo que nuestro y encubrió que era tan larga como muestra nave, que además de tener mil y cuatrocientas toneladas, tenía también desde el bauprés a la baranda doscientos pies largos, otros afirmaban que era mucho mayor. Aqueste mismo día por la mañana se habían visto a menos de treinta pasos de la nao otras tres o cuatro ballenas, sin otras muchas en los días de atrás desde que se llegó a la costa de Guinea, pero sin ninguna comparación menores que ésta, aunque algunas descubriendo la cabeza lanzaban por lo alto de ella hacia arriba dos gruesos golpes y caños de agua”<sup>9</sup>.*

Por su parte, los varamientos, documentados desde la época grecolatina<sup>10</sup>, habían de enfrentarse al problema de la rápida descomposición de los animales varados, lo que les podía conferir fácilmente un carácter monstruoso. En un país como Portugal han sido cuidadosamente recopilados, al menos en lo que se refiere a los cetáceos<sup>11</sup>, y las fuentes españolas los registran en alguna ocasión. Juan de Ferreras nos muestra cómo en 1473 *“en la costa de Portugal, cerca de Setúbal, una horrorosa ballena siguiendo un navío que finalmente pereció, quedó encallada en la orilla, con cuya noticia los de aquella costa concurrieron y la tomaron. Tenía este monstruo doscientos pasos de largo y ciento de ancho, y de un lado y otro trescientas alitas correspondientes, distaban los ojos uno del otro diez y seis palmos, siendo cada uno mayor que una criba ordinaria, a cuya proporción era la magnitud de los demás miembros, quedaron ricos los de aquella costa por la gran cantidad de grasa que sacaron de ella”<sup>12</sup>*. Muy conocido fue también el varamiento que tuvo lugar en las costas gallegas en 1618, cuando *“este pescado disforme entró en la ría de Arosa una noche, cebado de la sardina, y cuando quiso salir no pudo, porque se quedó encallado. Y fue tanta la aflicción que le dio de verse sin que pudiese menearse, que dio aquella noche grandes bramidos, de suerte que atemorizó los lugares convecinos. A la mañana le hallaron junto a la puerta de la ermita de Nuestra Señora muerto. Era de figura de*

**9** Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del rey de España hizo al rey xa Abbas de Persia, tomo 1, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1903, p. 35.

**10** BERNAL CASASOLA, Darío, “Ballenas, orcas, delfines, una pesca olvidada entre época fenicio-púnica y la Antigüedad tardía”, en COSTA, Benjamí, y FERNANDEZ, Jordi H. (eds.), *Sal, Pesca, y salazones fenicios en Occidente. XXVI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2011)*, Ibiza, 2012, pp. 157-209.

**11** BRITO, Cristina, “The Environmental History of Cetaceans in Portugal: Ten Centuries of Whale and Dolphin Records”, *Plos One*, 6, 2011. SOUSA, Andreia, y BRITO, Cristina, “Historical strandings of cetaceans on the Portuguese coast: anecdotes, people and naturalists”, *Marine Biodiversity Records*, 2011.

**12** FERRERAS, Juan de, *Sinopsis histórica cronológica de España*, volumen 10, Madrid, Imprenta de don Antonio Pérez de Soto, 1775, p. 382. La edición original se publicó entre 1700 y 1727.

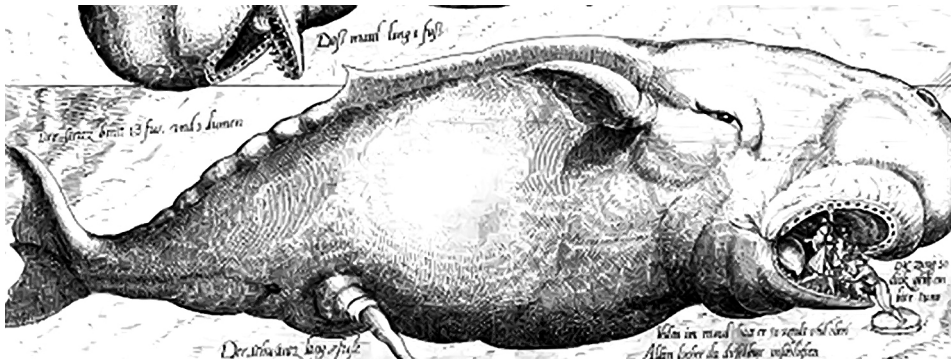


Figura 0.3. Anónimo, *Ballenas varadas en la costa de Amberes* (detalle) (1577), Ámsterdam, Rijksmuseum. <https://www.rijksmuseum.nl/en/search/objects?q=whale&p=3&ps=12&st=Objects&i=9#/RP-P-OB-79.684,33>

lagarto, y parece ser el que los mareantes llaman marsopa, y los naturales Pisiter, vocablo griego que significa echa agua, por la mucha que suele vomitar por la boca, con que hace, y causa grandes nubes...las ballenas las cogen en el mar océano de España, en las costas de Galicia y Asturias”, añadiendo acto seguido alguna noticia procedente de Alberto Magno y de Olao Magno<sup>13</sup>. Pedro Murillo Velarde se hizo eco asimismo del varamiento de una ballena en el Vigo de 1649, aportando 500 libras de ámbar que supusieron un total de 150.000 ducados<sup>14</sup>. Pero el principal testimonio vendrá dado por la obra de José Andrés Córnicide (1734-1803), *Conjeturas sobre el género de los 31 cetáceos que vararon en los alfaques de Tortosa el día 18 de octubre de 1789*<sup>15</sup>.

Los varamientos constituían la única oportunidad de estudiar a estos animales con cierto detenimiento, de ahí que las imágenes plasmadas por este motivo fuesen repetidas hasta la saciedad en las fuentes impresas de la Edad Moderna. Ello se puede ver muy bien en las ballenas (en realidad, cachalotes) varadas en la costa de Amberes en 1577 (figuras 0.3 y 0.4), lo que nos dice mucho sobre la circulación y la utilización de las imágenes en la época moderna, y nos explica el motivo de que las ilustraciones aparecidas en las obras de Historia natural sean insaciablemente repetidas<sup>16</sup>. Asimismo, la escasa familiaridad con muchas especies obligaría al recurso de identificar los animales marinos con animales terrestres con los que tuvieran un parecido aparente, idea que ya encontramos en Plinio y que tuvo mucho éxito a lo largo del tiempo.

<sup>13</sup> VITORIA, Baltasar de, O.F.M., *Primera parte del teatro de los dioses de la gentilidad*, Madrid, en la Imprenta Real, 1676, pp. 237-240. La primera edición es de 1620.

<sup>14</sup> MURILLO VELARDE, Pedro, *Geographia Historica*, tomo II, Madrid, en la Oficina de D. Gabriel Ramírez, 1752, p. 147.

<sup>15</sup> *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en la Europa*, 11 de enero de 1790.

<sup>16</sup> Sobre esta cuestión, PIMENTEL IGEA, Juan, *El rinoceronte y el megaterio*, Madrid, Abada, 2010.



Figura 0.4. Anónimo, Ballena varada (1598), Ámsterdam, Rijksmuseum.

<https://www.rijksmuseum.nl/en/search/objects?q=whale&p=4&ps=12&st=Objects&ii=7#/RP-P-OB-80.357,43>

Y, finalmente, los monstruos marinos siempre han sido un motivo literario y fantástico de indudable interés, lo que responde a esa tendencia tan humana de sentir una especial fascinación por la naturaleza descontrolada, en forma de tempestades, terremotos o criaturas monstruosas, puesto que todas ellas nos inspiran temor, pero también fascinación.

Esta obra inicia su arranque en el mundo grecolatino, y culmina en el siglo XVIII. No nos ha parecido oportuno continuar, ya que nos ha interesado sobre todo la presencia de los monstruos marinos en la producción académica y erudita, y a partir de 1800 su rastro en la misma se desvanece, aunque sí los podemos encontrar en la prensa, en la literatura, y, desde el siglo XX, en la cinematografía, aunque ya el significado es completamente diferente, puesto que los monstruos marinos han abandonado el mundo de lo académicamente aceptado para incluirse en el de la leyenda, el escapismo y la evasión. Su gestación se ha prolongado durante mucho tiempo, comenzando por un pequeño trabajo sobre los monstruos marinos en la Modernidad publicado en el año 2008<sup>17</sup>, el cual nos brindó

17 MORGADO GARCIA, Arturo, "Los monstruos marinos en la Edad Moderna. La persistencia de un mito", *Trocadero*, 20, 2008, pp. 139-154.

la oportunidad de ser invitados para organizar una pequeña exposición titulada “Monstruos marinos: entre la realidad y el mito”, en el marco del II Plan de Divulgación de la Ciencia y del Conocimiento de la UCA (2014-2015), y que fue inaugurada en la Facultad de Filosofía y Letras de Cádiz en diciembre de 2015. Ello nos obligaría a reflexionar nuevamente sobre el tema y a retomar una cuestión que durante varios años habíamos olvidado, y todo este esfuerzo culmina con esta obra.

Siempre hay alguien detrás de nuestros actos, y, en este caso, la escritura de este libro no habría sido posible sin el cariño del que hemos tenido el privilegio de gozar por parte de nuestra familia, de Loli, de Alberto, y de Cristina. Porque siempre es el afecto de nuestros seres queridos lo que nos hace ser mejores, o al menos un poquito.

Cádiz, febrero de 2024

## Capítulo 1

# Los precedentes: el mundo antiguo

### La tradición clásica

La Antigüedad no fue ajena, en modo alguno, al miedo al mar y a los numerosos peligros que podían acechar a los navegantes<sup>18</sup>. Plinio llama al mar la parte más salvaje de la naturaleza<sup>19</sup>, y tanto él como Propercio<sup>20</sup> maldicen al inventor del barco, que trajo grandes peligros a los seres humanos. Algunas zonas marítimas, obviamente, eran más peligrosas que otras, siendo una de ellas el Océano Atlántico. Un poeta del siglo IV, Rufo Festo Avieno, en su *Ora marítima*, mostraría que si se ponía proa hacia Occidente, se tropezaba con un gigantesco abismo que no se sabía hacia dónde se dirigía: “*Himilcón cuenta que desde estas Columnas hasta la zona occidental existe un abismo marino ilimitado, que la mar se extiende a lo ancho, que se despliega un salado mar. Nadie se aventuró en estas aguas, nadie metió sus carenas en aquel llano marino, bien porque falten en alta mar auras que las impulsen, bien porque ningún soplo del cielo empuje la popa, o incluso porque la calima revista el aire con una especie de velo, bien porque la niebla oculte permanentemente el abismo marino y se mantenga un muy espeso nublado durante el día*”<sup>21</sup>. Y estas aguas

18 BRIOSO SANCHEZA, Máximo, y VILLARRUBIA MEDINA, Antonio (eds.), *Estudios sobre el viaje en la literatura de la Grecia antigua*, Universidad de Sevilla, 2002. GARCIA SANCHEZ, Jorge, *Viajes por el antiguo imperio romano*, Nowtilus, 2016. RITORE PONCE, Joaquín, “Los peligros del mar en la literatura griega”, en GULLON ABAO, Alberto, MORGADO GARCIA, Arturo, y RODRIGUEZ MORENO, José Joaquín (eds.), *El mar en la historia y en la cultura*, Universidad de Cádiz, 2013.

19 PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, 36, 1.2. Cit. Por VAN DUZER, Chet, “Hic sunt dragones. The Geography and Cartography of Monsters”, *The Ashgate research Companion to Monsters and the Monstrous*, cap. 18. Ashgate, 2012.

20 PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* 19.1.6, PROPERCIO 1.17. 13-14. Cit. Por VAN DUZER, Chet, *Hic sunt dragones*.

21 AVIENO, *Ora marítima*. [http://www.culturandalucia.com/Rufo%20Festo%20Avieno\\_Ora\\_Mar%EDtima\\_castellano.htm](http://www.culturandalucia.com/Rufo%20Festo%20Avieno_Ora_Mar%EDtima_castellano.htm)

estaban completamente plagadas de monstruos<sup>22</sup>: “*las bestias marinas recorren la mar por aquí y por allá, que los navíos se desplazan lentos y lánguidos entre monstruos que nadan por medio*”<sup>23</sup>, “*las bestias nadan violentamente por medio de todo el ponto y un pánico intenso mora en estas aguas a causa de los monstruos. El cartaginés Himilcón refirió en tiempos pasados que él lo había contemplado y comprobado personalmente en la superficie del océano.*”<sup>24</sup>. No cabe duda alguna de que fenicios y cartagineses difundieron ampliamente estas historias, muy posiblemente a fin de que ningún posible competidor se aventurara en dichas aguas y pusiera en peligro su monopolio mercantil.

La segunda zona, evidentemente, será el océano Indico, correspondiendo a la imagen de Oriente, y más particularmente de la India, como una tierra de maravillas<sup>25</sup>. Estrabón (63 A.C.-23 D.C.) nos cuenta al respecto que en los alrededores de la isla Taprobana, la actual Ceilán o Sri Lanka, hay monstruos anfibios, semejantes a bueyes, caballos y otros animales terrestres<sup>26</sup>, señalando que Nearco, almirante de Alejandro Magno que realizara un periplo entre la desembocadura del Indo y el golfo Pérsico, pasó muchas penurias debido al tamaño de las ballenas, “*que producían con sus resoplidos, una enorme cantidad de agua y de niebla, de modo que ellos no podían distinguir nada de lo que tenían ante sus mismas narices*”, disponiendo que se sonaran las trompetas para que se asustaran y se fueran<sup>27</sup>, contándonos además que vio una ballena de cincuenta codos varada en la playa<sup>28</sup>. Esta noticia será transmitida asimismo por Flavio Arriano, también llamado Arriano de Nicomedia (86-175), en su *Anábasis de Alejandro Magno*, contándonos cómo “*este extenso Océano alimenta grandes cetáceos, y en él viven peces mucho mayores que los de nuestro mar Mediterráneo. Cuenta Nearco que cuando ellos salieron de Cuiza, vieron al amanecer una masa de agua proyectada a presión por encima del mar, como lanzada por una violenta tempestad...los monstruos, bien visibles ya por las proas de*

**22** Una panorámica general en SZABADOS, Anne-Violaine, e ICARD, Noelle, “Monstres marins étrusques et romains: analyse et filiation”, en LE MEAUX, Héléne, e IZQUIERDO, María Isabel (coord.), *Seres híbridos: apropiación de motivos míticos mediterráneos*, Madrid, Casa de Velázquez, 2003.

**23** AVIENO, *Ora marítima*.

**24** AVIENO, *Ora marítima*.

**25** WITTKOWER, Rudolf, “Maravillas de Oriente: Estudio sobre la historia de los monstruos”, *Sobre la arquitectura en la edad del Humanismo. Ensayos y escritos*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1979, pp. 265-311. GIL, Juan, *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, Alianza, 1995.

**26** ESTRABON, *Geografía. Libros XV-XVII*, traducción de Juan Luis García Alonso, María Paz de Hoz García-Bellido y Sofía Torallas Tovar. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2015, Libro XV, 1, 15.

**27** ESTRABON, *Geografía. Libros XV-XVII*, Libro XV, 2, 11-12.

**28** ESTRABON, *Geografía. Libros XV-XVII*, Libro XV, 3, 7.

*las naves, aterrados se sumergieron en las profundidades y, al cabo de poco, emergieron por la popa, reaparecieron y volvieron a resoplar a gran altura columnas de agua*<sup>29</sup>.

El monstruo marino por excelencia del mundo clásico será el *ketos* o *ceto*, y este término sirve para denominar cualquier animal marino de grandes dimensiones, incluyendo peces como el atún. Su iconografía se apropia de temas orientales, y en una escena neasiria podemos encontrar a un dios lanzando piedras contra una monstruosa serpiente que personifica las aguas primordiales, mostrando con ello que el orden divino triunfa sobre los fenómenos naturales, caóticos y destructores. Su aspecto va cambiando con el tiempo, ya que si al principio destaca por su cola serpentina, evocando un grupo de ballenas o de orcas alineadas, a partir del siglo V A.C. se va convirtiendo en una especie de dragón, y ya no es solamente un monstruo devorador, sino el compañero de las divinidades marinas, para las cuales es un animal familiar<sup>30</sup>. Era hijo de Gea y Ponto<sup>31</sup>, señalando Hesíodo (ca. 700 A.C.), que le atribuye género femenino, que “*en contacto amoroso con Forcis, alumbró por último un terrible reptil que en sombrías grutas de la tierra, allá en los extremos confines, guarda manzanas completamente de oro*”<sup>32</sup>. Su iconografía es variada, ya que lo mismo puede ser representado como un pez, como una serpiente, o con un cuerpo de pez y la cabeza de un animal claramente reconocible<sup>33</sup>.

La liberación de Andrómeda por Perseo (figura 1.1), constituye el relato clásico más conocido donde aparece este monstruo, siéndonos legado por Ovidio (43 A.C.-17 D.C.)<sup>34</sup>, y especialmente por Apolodoro de Atenas (ca. 180-110 A.C.), según el cual, llegado Perseo a Etiopía, donde reinaba Cefeo, “*encontró a la hija de éste, Andrómeda, expuesta como presa para un monstruo marino. Pues Casiopea, la esposa de Cefeo, había competido en belleza con las Nereidas y se había jactado de ser mejor que todas, por ello éstas se encolerizaron y Poseidón, compartiendo su ira, afligió al país con un monstruo y una inundación. Amón reveló que cesaría la calamidad si Andrómeda, la hija de Casiopea, era ofrecida como alimento al monstruo. Cefeo, obligado a hacerlo por los etíopes, la encadenó a una roca.*

29 ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno. Libros IV-VIII*, traducción de Antonio Guzmán Guerra, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1982, VIII, 30, 1.3, 6.

30 Para esto y lo que sigue, básicamente, ICARD, Nöelle y SZABADOS, Anne-Violaine, “Cétacés et tritons: de la réalité a l’imaginaire”, en LLINARES, S. (ed.), *Avec vue sur la mer. Actes du 132 congrès national des sociétés historiques et scientifiques. Arles, 2007*, París, Editions du CTHS, 2011, p. 9-23.

31 HESÍODO, *Teogonía*, 238, en *Obras y fragmentos*, traducción de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1997.

32 HESÍODO, *Teogonía*, 333.

33 PAPADOPOULOS, John K., y RUSILLO, Deborah, “A Ketos in Early Athenas: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World”, *American Journal of Archaeology*, 106, 2002, pp. 216ss.

34 OVIDIO, *Metamorfosis. Libros I-V*, Libro IV, 670ss. Edición de José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2008.



Figura 1.1. Lucha de Perseo contra el ketos, ánfora corintia del siglo VI A.C.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Ceto\\_%28hija\\_de\\_Ponto%29#/media/Archivo:Corinthian\\_Vase\\_depicting\\_Perseus,\\_Andromeda\\_and\\_Ketos.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Ceto_%28hija_de_Ponto%29#/media/Archivo:Corinthian_Vase_depicting_Perseus,_Andromeda_and_Ketos.jpg)

*Cuando Perseo la vio, enamorado de ella, prometió a Cefeo acabar con el cetáceo si una vez rescatada se la otorgaba en matrimonio. Hechos los juramentos en estos términos, Perseo acechando al monstruo, lo mató y liberó a Andrómeda*<sup>35</sup>. Según Estrabón, fue en Joppe donde Andrómeda fue expuesta al monstruo marino<sup>36</sup>, recogiendo Plinio el Viejo una noticia similar, señalando que se le rendía culto cerca de dicha localidad, delante de la cual había una roca en la que se mostraban las huellas de sus ataduras<sup>37</sup>. La historia de Andrómeda será muy repetida en fuentes antiguas, llegando incluso hasta san Jerónimo<sup>38</sup>, y el mito de *cetos* acabará enlazándose con el relato de Jonás, encontrando un epígono medieval en la leyenda de san Jorge y el dragón.

Por otro lado, encontramos a las criaturas antropomorfas, si bien algunas de ellas, como tritones (figura 1.2) y nereidas (figura 1.3), no fueron consideradas por los antiguos como seres monstruosos. Al principio, Tritón es un dios marino, hijo de Poseidón y de la ninfa Anfítrite<sup>39</sup>, y Apolonio de Rodas (295-215 A.C.) en sus *Argonáuticas* nos lo presenta como “*semejante a un hombre lozano*”, al que

<sup>35</sup> APOLODORO, *Biblioteca*, Libro II, traducción de Margarita Rodríguez de Sepúlveda. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985.

<sup>36</sup> ESTRABON, *Geografía. Libros XV-XVII*, Libro XVI, 2, 28.

<sup>37</sup> PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural. Libros III-VI*, libro V, capítulo 12, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1998, traducción y notas de Ana María Moure Casas.

<sup>38</sup> “En este lugar todavía hoy se muestran en la costa las rocas a las que fue encadenada Andrómeda y luego liberada por Perseo”, SAN JERONIMO, “Comentario al profeta Jonás”, en SAN JERONIMO, *Obras completas. IIIa. Comentarios a los Profetas Menores*, traducción de Avelino Domínguez García, Madrid, BAC, 2000, p. 695.

<sup>39</sup> HESÍODO, *Teogonía*, 935.



Figura 1.2. Tritón, siglo II A.C., Gliptoteca de Munich.

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Tritons\\_in\\_antique\\_art#/media/File:Sea\\_thiasos\\_Nereides\\_Triton\\_Glyptothek\\_Munich\\_239\\_right.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Tritons_in_antique_art#/media/File:Sea_thiasos_Nereides_Triton_Glyptothek_Munich_239_right.jpg)

su padre le hizo conocedor del mar, y, en otro lugar, como “*prodigio marino*”<sup>40</sup>. Completamente diferente es el aspecto que le atribuye Pausanias (siglo II D.C.), que habla de tritones en plural, y que los describe de la siguiente forma: “*tienen en la cabeza pelo como las ranas de las lagunas, y no sólo en cuanto al color, sino también en que no se puede separar un pelo de los otros. El resto de su cuerpo está erizado con finas escamas como el pez lija. Tienen branquias bajo las orejas y nariz de hombre, pero una boca más ancha y dientes de animal. Sus ojos, según creo, son claros, y tienen manos, dedos y uñas parecidas a las conchas marinas. Debajo del pecho y del vientre tienen una cola como la de los delfines en lugar de pies*”<sup>41</sup>. En otro lugar los muestra hablando con voz humana y soplando a través de conchas agujereadas<sup>42</sup>. En Ovidio, por su parte, encontraremos al *cerúleo* Tritón, “*que aparece en la superficie del abismo con los hombros cubiertos de colonias de púrpuras... empuña su bocina hueca en forma de espiral, que crece en anchura a partir de la primera voluta*”<sup>43</sup>. Desde el punto de vista iconográfico, será de nuevo en Oriente donde encontremos las primeras referencias, y en la mitología mesopotamia aparece, junto al dios Ea, *apkallu*, un ser benéfico con cabeza barbada que porta sobre su espalda una espe-

**40** APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas*, canto IV, vv. 1550ss, 1595ss, edición de Mariano Valverde Sánchez, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1996.

**41** PAUSANIAS, *Descripción de Grecia. Libros VII-X*, libro IX, 21, edición de María Cruz Herrero Ingelmo, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1994.

**42** PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, libro VIII, 2.

**43** OVIDIO, *Metamorfosis, Libros I-V*, Libro I, 330ss.



Figura 1.3. *Nereida*, fresco pompeyano del siglo I.

[https://es.ara.cat/cultura/pompeya-restos-arqueologicos-comida-bebida-descubrimiento\\_1\\_1010695.html](https://es.ara.cat/cultura/pompeya-restos-arqueologicos-comida-bebida-descubrimiento_1_1010695.html)

cie de capa formada por la cabeza y el cuerpo de un pez, estando acompañado de *kulullu*, con torso humano y cuerpo de pez. Los artistas griegos adoptaron desde el siglo VII A.C. esta iconografía para representar a varios de sus dioses marinos, como Océano, Nereida y Tritón.

Las nereidas, por su parte, eran también divinidades menores acuáticas, aunque su número varía según los diferentes autores. Para Hesíodo eran hijas de Nereo y Doris “*de hermosos cabellos*”, y eran expertas en obras intachables, siendo una de ellas Anfítrite, la esposa de Poseidón<sup>44</sup>. También Apolonio de Rodas las cita en varios pasajes de su obra, como cuando Tesis llama en su ayuda “*a las demás nereidas, sus hermanas*”<sup>45</sup>. No siempre estas nereidas tenían un talante amable, ya que Arriano nos cuenta la historia de que a Nearco, en su periplo por el Indico, le llegó la noticia de que en una isla vivía una nereida, de la que nadie conocía su nombre, que metamorfoseaba en pez a sus amantes y los arrojaba al mar, pero luego, compadecida de ellos, los devolvía a su forma humana, surgiendo de este modo la raza de los ictiófagos<sup>46</sup>.

44 HESÍODO, *Teogonía*, 240ss.

45 APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas*, canto IV, vv. 840ss.

46 ARRIANO, *Anábasis*, libro VIII, 31, 6 y 8.

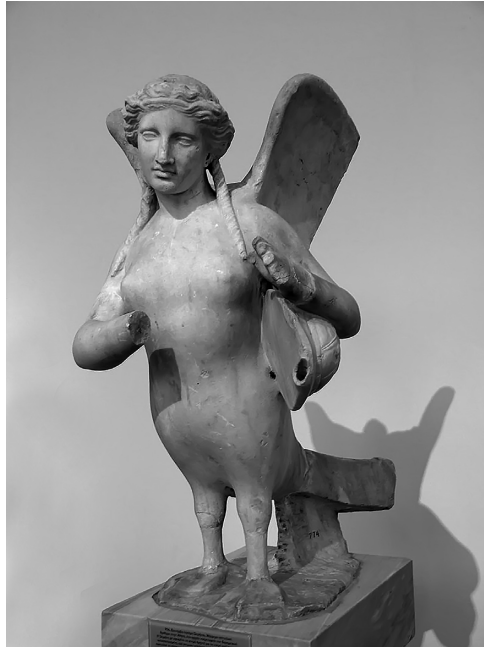


Figura 1.4. Estatua funeraria de sirena, ca. 370 A.C. Museo Arqueológico de Atenas.  
[https://es.wikipedia.org/wiki/Sirena#/media/Archivo:NAMA\\_Sir%C3%A8ne.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Sirena#/media/Archivo:NAMA_Sir%C3%A8ne.jpg)

El auténtico monstruo antropomorfo será la sirena<sup>47</sup>, aunque en el mundo clásico responde al modelo de sirena-ave (figura 1.4) y no al de sirena-pezu, que será una invención medieval. Como es de sobra conocido, la primera referencia corresponde a Homero (siglo VIII A.C.), que no nos aporta descripción alguna de ellas, limitándose a decir “*Lo primero que encuentres será a las Sirenas, que a los hombres hechizan venidos allá. Quien incauto se les llega y escucha su voz, nunca más de regreso el país de sus padres verá ni a la esposa querida ni a los tiernos hijuelos que en torno le alegren el alma. Con su aguda canción las Sirenas lo atraen y le dejan para siempre en sus prados; la playa está llena de huesos y de cuerpos marchitos con piel agostada*”<sup>48</sup>. Más detallado es Ovidio en su *Metamorfosis*, donde encontramos una clara descripción del modelo de sirena-ave: “*¿Por qué las plumas y las patas de ave, junto con esos rostros de doncella? ¿Es porque, mientras Proserpina cogía flores primaverales, os contabais entre sus compañeras, doctas Sirenas? Después de haberla*

47 LECOUTEUX, Cl., “La sirène dans l’Antiquité classique et au Moyen Âge », SAMBO, Cl., y TERRA-MORSI, B., *Les filles des eaux dans l’Océan indien. Mythes, récits, représentations*, Paris, L’Harmattan, 2010. GARCIA GUAL, Carlos, *Sirenas*, Madrid, Turner, 2014.

48 HOMERO, *Odisea*, canto XII, traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1982.

*buscado en vano por todo el mundo, para que los mares supieran de vuestra preocupación, formulasteis el deseo de que, en adelante, pudieseis posaros sobre las olas vuestras alas como remos; los dioses os fueron favorables y visteis vuestras articulaciones vestirse súbitamente con plumas amarillas. Sin embargo, para que aquel canto, formado para acariciar los oídos, y el don tan valioso de vuestra boca no perdieran la práctica del habla, os quedó un rostro de doncella y una voz humana*<sup>49</sup>. Según Apolodoro, eran tres, Pisínoe, Agláope, y Telxiepía, hijas de Aqueloo y de la musa Melpómene, tañendo la lira la primera, cantando la segunda, y tocando la flauta la tercera, teniendo forma de pájaro desde los muslos<sup>50</sup>.

Y no podíamos olvidar, por supuesto, la Historia natural. Los primeros estudios zoológicos serios, como bien es sabido, fueron obra de Aristóteles, que en su obra intentó superar el marco de la mera descripción y enumeración de especies, para acometer una sistemática de los distintos rasgos anatómicos y fisiológicos que se podían observar en los diferentes animales, encontrándose entre sus logros la distinción entre los peces óseos y cartilaginosos, la división de los invertebrados en crustáceos, cefalópodos, gasterópodos, bivalvos e insectos, y la inclusión de los cetáceos entre los mamíferos<sup>51</sup>. El propósito de Aristóteles es científico, ignorando las explicaciones sobrenaturales y refiriéndose a los fenómenos y a las causas según la lógica de los procesos naturales, sin pretender instaurar una nueva nomenclatura ni utilizar una terminología novedosa. Su *Investigación sobre los animales* constituye un auténtico tratado de zoología general, y tuvo una enorme influencia en los siglos posteriores, tanto como obra científica como por sus descripciones del comportamiento y la fisiología animal<sup>52</sup>. Sin embargo, para el tema que nos ocupa, la obra de Aristóteles no tiene mucha utilidad, ya que su perspectiva se acerca más a lo que podríamos llamar hoy día “científica”, sin ocuparse por ello de recoger elementos míticos, fabulosos o legendarios. Tan sólo encontramos una referencia a la ballena, o, en el original griego, *mys tó kétos*, variedad de ballena: “*El cetáceo músculus no tiene dientes en la boca, sino pelos que se parecen a las cerdas de los puercos*”<sup>53</sup>.

49 OVIDIO, *Metamorfosis*, Libro V, 555ss.

50 APOLODORO, *Biblioteca*, Libro III.

51 Sobre los criterios clasificatorios de Aristóteles, ZUCKER, Arnaud, “Le mirage des classifications naturelles. Remarques critiques sur un tótem, d’Aristote à l’anthropologie contemporaine”, *Anthropozoologica*, 55, 2020.

52 MUÑOZ-ALONSO LOPEZ, Agustín, “La significación de los animales en la literatura y la filosofía clásica”, GARCIA HUERTA, María Rosario, y RUIZ GOMEZ, Francisco (dirs.), *Animales simbólicos en la Historia. Desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*, Madrid, Síntesis/Universidad de Castilla la Mancha, 2012, p. 164ss. Un panorama general en BODSON, Liliane, “Zoological Knowledge in Ancient Greece and Rome”, así como en CAMPBELL, G.L. (ed.), *The Oxford Handbook of Animals in Classical Thought and Life*, Oxford U.P., 2014.

53 ARISTOTELES, *Investigación sobre los animales*, lib. III 519 a 23, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1992, edición de Carlos García Gual.

Los empeños aristotélicos, sin embargo, no tuvieron continuidad en el mundo clásico, de tal modo que sus sucesores, de los que podríamos destacar a Plinio, Claudio Eliano, Solino, y el epílogo que supondría la figura de Isidoro de Sevilla, realizarían un nuevo enfoque, en el que confluirían a la par la moralización del mundo animal, en el que cada especie se podría asimilar a una virtud o un vicio humano, lo cual, a su vez, era el fruto de la tradición fabulística iniciada por Esopo; y el recurso a lo mágico, lo mítico, lo maravilloso y lo fantástico, en el que la India supone la tierra de maravillas por excelencia, lo que ya apreciamos en la obra de Heródoto.

Sin lugar a dudas, Plinio el Viejo, que viviera en el siglo I de nuestra era, autor de la conocida, citada y continuada *Historia Natural*, constituirá la referencia fundamental. Su intención es enciclopedista, recogiendo una gran cantidad de datos sin la intención de explicarlos o analizarlos, no mostrando un especial interés ni por la anatomía ni por la fisiología. Lo que de verdad le interesa es la observación de los animales en su comportamiento, recogiendo numerosos elementos fantásticos e inverosímiles, y mostrando episodios que ponen de manifiesto las relaciones de amistad y colaboración entre los humanos y los animales<sup>54</sup>. Su influencia se prolongó durante muchísimos siglos, primero por ofrecer una historia natural alegorizada, de corte universal y plena de simpatías y antipatías, y, en segundo término, por su elegancia literaria. Si Aristóteles deseaba formular leyes, Plinio recogió lo diverso y lo extraordinario de la creación<sup>55</sup>, y todavía durante los siglos XVI y XVII su obra será comentada continuamente<sup>56</sup>.

Plinio nació entre el año 23 y 24 en una colonia romana conocida con el nombre de *Nouum Comum* (actual Como en la Lombardía, Italia), procediendo de una familia acomodada de la burguesía provincial. Se cree que estudió en Roma, donde pasaría buena parte de su juventud. Entre el 47 y el 58 desarrolló su carrera militar en Germania, por aquel entonces una de las zonas más expuestas del Imperio. En época de Vespasiano ostentó cargos administrativos, y hacia el año 74 se convertía en el procurador de la provincia hispana de la Tarraconense, contando ya con la experiencia que había adquirido ejerciendo el mismo cargo en la Galia años antes. Fallecería en el año 79, como consecuencia, como es bien sabido, de la erupción del Vesubio. Se sabe que escribió obras de gramática a finales del reinado de Nerón, y otras muchas que no se han conservado y de las que sólo sabemos el nombre, por ejemplo, *Historia de las guerras germánicas*. Pero la más conocida, sin lugar a dudas, es *Naturalis Historia* o *Historia Natural*. Es la

54 MUÑOZ-ALONSO LOPEZ, Agustín, "La significación", p. 171.

55 PIMENTEL IGEA, Juan, *El rinoceronte y el megaterio*, Madrid, Abada, 2010, pp. 60-61.

56 ILYUSHECHKYNA, Yliana, "Elephants and Bears through the eyes of Scholars: a case study of Pliny's Zoology in the 15<sup>th</sup>-16<sup>th</sup> centuries", ENENKEL, Karl A.E. (ed.), *Transformations of the Classics via Early Modern Commentaries*, Leiden, Brill, 2014.

única que conservamos hoy en día completa, y está compuesta por 37 libros que nos aportan una ingente cantidad de noticias de la época, destacando, y nunca se repetirá lo suficiente, por la enorme influencia que ha ejercido durante siglos<sup>57</sup>.

En opinión de Ana María Moure Casas, Plinio aborda el tema de los animales acuáticos con espíritu científico, buscando la documentación adecuada. La primera tarea era la selección de autores, eligiendo a los mejor documentados de cada lugar. Así, para los animales del Indico y de los confines del Imperio, los científicos que habían acompañado a Alejandro Magno, para el extremo occidental, mejor conocido y romanizado, eligió a Turrano Grácil, que era hispano, y a Trebio Nigro; de todos ellos, hoy perdidos, se sabe poco más que lo que ha transmitido Plinio. Las teorías científicas generales las tomó o las discutió frente a la autoridad consagrada de Aristóteles, leyéndolo directamente o utilizando resúmenes anteriores, propios o ajenos. Podría decirse que de los autores de los puntos más remotos le llegaron informaciones de seres exóticos, verdaderos unos (ballenas y bestias marinas del Indico), y fantásticos otros (tritones y nereidas lusitanas)<sup>58</sup>.

Según expone nuestro autor, el mar se extiende por todo lo ancho, y como del cielo caen «*elementos germinales*» y «*la naturaleza está siempre procreando*»<sup>59</sup>, es normal que aparezcan seres monstruosos, puesto que se produce una situación caótica en la cual «*las semillas y los principios germinales se enredan y se confunden unos con otros*»<sup>60</sup>. Cada animal terrestre tiene su correspondiente contrapartida marina, y de este modo se hace verdadera la opinión del vulgo de que «*todo lo que nace en alguna parte de la naturaleza también se halla en el mar*»<sup>61</sup>. Asimismo, también nos dice que «*la mayor parte de los animales y, además, los más grandes se encuentran en el mar Índico*», lugar, que, por lo alejado y desconocido, constituye el hábitat más idóneo para hablar de la presencia de monstruos y para permitir que la mente se recree con las peores bestias imaginables, pudiendo verse, entre otros, ballenas de cuatro yugadas y peces sierra de doscientos codos, así como langostas de cuatro codos y anguilas de treinta pies en el río Ganges<sup>62</sup>. También

---

**57** Sobre los monstruos marinos en la obra de Plinio, una rápida panorámica en CAMINO CARRASCO, Marina, «Los monstruos marinos en Plinio el Viejo», en GULLON ABAO, Alberto, MORGADO GARCÍA, Arturo, y RODRIGUEZ MORENO, José Joaquín (dir.), *El mar en la historia y en la cultura*, Universidad de Cádiz, 2013.

**58** PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural*, libros VII-XI, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2003, traducción y notas de Ana María Moure Casas.

**59** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 3.

**60** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 3.

**61** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 2.

**62** Una yugada romana, medida de superficie, tiene 240 por 120 pies. El pie alcanza 0,2944 metros. La equivalencia por tanto de una yugada en metros sería 70,65 metros por 35,33 metros. Lo mis-

apunta el mejor momento para verlos, que es «*hacia los solsticios. Entonces se forman allí torbellinos, entonces caen las lluvias y entonces las tempestades, abatiéndose desde las cimas de los montes, revuelven los mares desde lo más hondo y envuelven en las olas a las bestias empujándolas desde las profundidades en gran numero*»<sup>63</sup>. En la península de Cadra, incluso, donde no corre un solo soplo de brisa, gracias a esta calma las bestias aumentan de tamaño hasta tal extremo que no se pueden mover<sup>64</sup>. Estas criaturas son de tal magnitud que los prefectos de la flota de Alejandro Magno informaron en su momento que los gedrosos que habitaban junto al río Arabis construían las puertas de sus casas con las mandíbulas de estas bestias y hacían las techumbres con sus huesos, muchos de los cuales tenían cuarenta codos de longitud<sup>65</sup>. Y, en línea con la afirmación de que toda criatura terrestre tiene su equivalente marino, nos cuenta además que “*salen también allí a la tierra unas bestias parecidas al ganado que retoman al mar después de salir a comer las raíces de los arbustos, y algunas de ellas, con cabeza de caballo, de asno o de toro, devoran los sembrados*”<sup>66</sup>.

Plinio no podía, naturalmente, dejar de ocuparse de los grandes cetáceos, señalando que si en el océano Indico los animales de mayor tamaño eran la ballena y el pez sierra<sup>67</sup>, este privilegio corresponde en el Océano Gálico a lo que él denomina *physeter* (soplador), que la crítica identifica con nuestro cachalote, el cual “*se levanta a modo de una inmensa columna, y poniéndose más alto que las velas de las naves eructa una especie de diluvio*”<sup>68</sup>, comportamiento que también tienen las ballenas, las cuales, cuando nadan a poca profundidad, expulsan chorros de agua hacia lo alto<sup>69</sup>. Estas ballenas penetran incluso en nuestros mares, y cuentan en el Océano gaditano que no se ven antes del solsticio de invierno, y que se ocultan en épocas fijas en un golfo tranquilo y espacioso. El problema es que esto es bien conocido por sus grandes enemigos, las orcas, que desgarran a mordiscos tanto a sus crías como a las hembras recién paridas e incluso preñadas, y estas últimas son absolutamente incapaces de repeler tales ataques, bien por estar sobrecargadas

---

mo, en el caso del pez sierra, pues el codo tiene 0,4 metros. Nota de Ana María Moure Casas en la edición de Plinio citada.

**63** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 3.

**64** PLINIO EL VIEJO, op. Cir., lib. IX, 3.

**65** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 3.

**66** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 3.

**67** Según Ana María Moure, se denomina aquí *pristis*, transcripción del griego, y otras veces *serra*, su nombre latino. El cultismo castellano *priste*, de forma poco comprensible, es de género masculino, y se refiere según el DRAE al pez espada. Sin embargo, su identificación con el pez sierra, se acepta comúnmente tanto en Plinio como en sus fuentes.

**68** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 4.

**69** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 6.

con el peso del feto, bien por estar agotadas tras los dolores del parto. Esta hostilidad de la orca hacia las ballenas, lugar común en la Historia natural durante muchísimos siglos, y que vamos a encontrar a menudo, le valdría el sobrenombre de “asesina de ballenas”, que por una mala traducción inglesa hemos convertido en “ballena asesina”. Una de estas orcas llegaría incluso al puerto de Ostia durante el mandato de Claudio, que convirtió en un espectáculo para el pueblo su exterminio a base de lanzazos por parte de las cohortes pretorianas<sup>70</sup>.

Algunas criaturas resultan de difícil identificación. Nos habla de unas misteriosas ruedas, “así llamadas por su semejanza con ellas, divididas por cuatro radios tapando el cubo de la rueda por uno y otro lado sus ojos”<sup>71</sup>. Es muy conocido el texto donde refiere cómo en la época de Tiberio “en una isla frente a la costa de la provincia Lugdunense, el océano al bajar la marea dejó más de trescientas bestias juntas de extraordinaria variedad y tamaño, y no muchas menos en la costa de los santones, entre otras, elefantes<sup>72</sup> y carneros<sup>73</sup> con los cuernos sólo insinuados por un color blanco, y, desde luego, muchas nereidas. Turrano ha publicado que había sido arrojada a las costas gaditanas una bestia marina que entre las dos aletas del final de la cola media dieciséis codos, sus dientes eran ciento veinte, los más grandes de tres cuartos de pie, y los más pequeños de medio pie. El esqueleto de la bestia a la que se decía que había sido expuesta Andrómeda, traído a Roma desde la ciudad de Jope, de Judea, lo exhibió en Roma, entre otras maravillas, Marco Escauro durante su edilidad. Su longitud era de cuarenta pies, la altura de sus costillas sobrepasaba la de los elefantes de la India y el grosor de su espinaza, de un pie y medio”<sup>74</sup>.

Otra aportación interesante de Plinio se refiere a los grandes cefalópodos, y, particularmente, a los pulpos, transmitiendo el testimonio de Trebio Nigro, que durante el proconsulado de Lucio Lúculo en la Bética recogería muchas noticias al respecto, y lo muestra como el peor enemigo que el hombre puede encontrar en el agua, dejándonos un relato que en los siglos posteriores será bastante citado:

“En Carteya...había uno que se acostumbraba a salir del mar hacia las balsas que había abiertas, acabando allí con las salazones, sorprendentemente a todos los animales marinos les gusta ese olor suyo y ésa es la razón por la que se untan las nasas; éste se granjeó la ira de los guardas por su desmedido afán de robar. Se le pusieron

**70** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 5. Según Leitner esta orca era, en realidad, un cachalote. *Zoologische Terminologie beim älteren Plinius*, Hildesheim, 1972, p. 40. Cita de Ana María Moure.

**71** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 4. No se han identificado estas ruedas.

**72** Pueden ser aquí las morsas, aunque el término *elephantus* con el que se las designa, sólo se encuentra con esta acepción en Plinio (Ana María Moure).

**73** Los llamados arietes, carneros, son orcas. Plinio no parece advertir que es el mismo animal que en el capítulo siguiente llama orca. El contexto muestra el carácter excepcional de su aparición (Ana María Moure).

**74** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 5.

*por delante unos cercados, pero los saltaba por medio de un árbol, y no se lo hubiera podido atrapar si no llegar a ser por el olfato de los perros. Estos lo rodearon cuando volvía de regreso por la noche y los guardas al despertarse se aterrorizaron por algo tan excepcional. Ante todo, su tamaño era insólito, después el color del animal, untado en la salmuera, con un olor de espanto... a duras penas se pudo acabar con él tras múltiples arponazos. Le mostraron a Lúculo la cabeza, del tamaño de un tonel con quince ánforas de capacidad, además, por utilizar yo las mismas palabras de Trebio, las barbas que apenas podían abarcar con los dos brazos, llenas de nudos, como las mazas, de treinta pies de longitud, con sus ventosas o copas de una urna de capacidad, como calderos, y, asimismo, los dientes, en correspondencia con su tamaño. Sus restos, conservados por su carácter extraordinario, pesaron setecientas libras. El mismo autor refiere que también fueron arrojados a aquellas costas sepias y calamares de ese tamaño. En el mar Nuestro se pueden capturar calamares de cinco codos y sepias de dos*<sup>75</sup>.

Pero el texto de Plinio que, seguramente, ha sido más citado en la posteridad, es el que se refiere a los tritones y nereidas. De los primeros nos cuenta que una embajada llegada al emperador Tiberio y procedente de Olisipo (Lisboa) le llevó la noticia de que había sido visto y escuchado en una gruta un tritón tocando su concha. También acepta la existencia de las segundas, aunque matizando que su cuerpo está totalmente erizado de escamas, incluso en la parte donde tienen forma humana, mostrando cómo una de ellas fue vista en la misma costa, e incluso los lugareños escucharon a lo lejos su canto fúnebre al morir, añadiendo que un legado de la Galia escribió al emperador Augusto comunicando la aparición de varias nereidas muertas en la playa. Y de su estancia en Hispania recoge el relato que le transmitieron algunos miembros del orden ecuestre de la región, según el cual, en el océano Gaditano, fue visto un hombre pez con un parecido perfecto al hombre en todo su cuerpo, que subía a las naves por la noche y al sobrecargarlas con su peso llegaba a hundirlas si permanecía mucho tiempo en ellas<sup>76</sup>. De lo que no habla es de las sirenas, ya que Plinio sigue la tradición de sirena ave y no de sirena pez, incluyéndola entre las primeras, y recogiendo de Dión la referencia, que él considera fabulosa, de que existen en la India y de que con su canto “*hacen que a los hombres les abandonen sus fuerzas para desgarrarlos, cuando están sumidos en el sueño*”<sup>77</sup>.

También los continuadores de Plinio nos proporcionan alguna información sobre los monstruos marinos. El primero de ellos será Claudio Eliano (165-235), escritor y profesor de retórica oriundo de Praeneste, perfecto conocedor de la lengua griega, que hablaba de forma muy fluida, y en la que prefería escribir. Su

75 PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 46-48.

76 PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, 5.

77 PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib., X, 49.

obra, según García Gual, “*es como una especie de cajón de sastre en donde se recogen de manera desordenada y caótica las observaciones propias y ajenas –más ajenas que propias– sobre el mundo animal, ofrece poco interés desde el punto de vista científico, sobre todo si se mira con criterio moderno... casi todo es anecdótico en la obra de Eliano... se convierte en pregonero convencido de seres fabulosos*”. No obstante, el mismo García Gual reconoce que Eliano tiene algunas aportaciones de interés, a saber, que existen unos dioses que cuidan de todas las criaturas, que la Naturaleza es sabia y benéfica, y que los animales son capaces de sentimientos elevados, como la generosidad, el espíritu de sacrificio, el amor a la prole, la veneración hacia los padres, y la castidad<sup>78</sup>.

Al igual que Plinio, Eliano considera que el océano Indico es el ámbito privilegiado de los monstruos marinos, llegando a alcanzar “*un tamaño cinco veces mayor que el del más grande elefante. Una sola costilla del monstruo mide unos veinte codos, tiene una quijada de quince y la aleta de cada branquia es de siete codos de anchura. Las caracolas y las púrpuras del Océano Indico son lo bastante grandes para contener fácilmente doce cótilas, además, los caparazones de los erizos de mar tienen la misma capacidad. En cuanto a los peces, los hay enormes, especialmente lo son los lobos de mar, los bonitos de altura y la dorada*”<sup>79</sup>. Las proximidades de la isla de Trapobana, particularmente, son especialmente peligrosas, por cuanto “*Dicen que el mar que ciñe a la isla cría una muchedumbre incontable de peces y monstruos, y dicen, además, que éstos tienen cabezas de leones, leopardos, lobos y corderos, y, lo que es más prodigioso, hay monstruos que tienen formas de sátiros con cabezas de mujeres provistas de espinas en vez de cabellos. Se dice que hay otros que tienen extrañas formas, imposibles de ser representadas por hombres duchos en pintura y en mezclar cuerpos distintos para la ejecución de algo prodigioso de ver... tienen colas larguísimas y en espiral, mientras que sus pies son a manera de garras o aletas, y me he enterado de que son anfibios, y de que de noche pastan en los campos porque comen hierba como los rebaños y las grajas. Se complacen en comer el fruto maduro de la palmera, y, para ello, sacuden los árboles con sus colas en espiral, que son flexibles y capaces de abarcarlos enrollándose en ellos. Así que, cuando a causa del fuerte meneo, caen en cascada los dátiles se los comen. Y luego, cuando muere la noche y viene el crepúsculo, desaparecen sumergiéndose en el mar al rayar el alba. Dicen también que hay muchas ballenas que no salen a tierra y que permanecen en el mar espiando la llegada de los atunes*”<sup>80</sup>. A lo largo de las costas de Gedrosia, hay monstruos marinos que llegan a alcanzar medio estadio

**78** ELIANO, Claudio, *Historia de los animales*, libros I-VIII, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1984, edición de Carlos García Gual, pp. 10ss.

**79** ELIANO, op. Cit., capítulo XVI, 2.

**80** ELIANO, op. Cit., capítulo XVI, 18.

de longitud, con tanta fuerza que cuando resoplan con sus narices, levantan olas tan altas que las gentes las toman por una tromba de agua<sup>81</sup>.

Y también los encontraremos en aguas mediterráneas, ya que “*en el mar de Laconia hay monstruos grandísimos y algún comentarista dice que, por esto, Homero llama a Lacedemonia la abundante en monstruos. Y dicen que en torno a Citera hay monstruos todavía mayores. Parece que sus tendones son buenos para hacer las cuerdas retorcidas del arpa y otros instrumentos, e incluso para las máquinas de guerra... Y Teocles, en su cuarto libro sobre la Sirte, dice que hay allí monstruos marinos de mayor longitud que un trirreme*”<sup>82</sup>. Sin embargo, para alivio y consuelo de los sufridos navegantes, no en todos los océanos viven monstruos marinos, es más, el Mar Negro está libre “*de cuantos monstruos cría el mar*”, incluso de pulpos<sup>83</sup>.

En cuanto a cuáles son estos monstruos, Eliano nos muestra los grandes cetáceos, los cuales viven en el mar abierto, no acercándose ni a playas, bahías, lugares rocosos ni aguas poco profundas, señalando que los de mayor tamaño son el león marino, el pez martillo, el leopardo de mar, la ballena, el *prestis*, y el pez que llaman *maltha*, este último terrible e invencible enemigo. La orca, por su parte, es temible y peligrosa debido al fuerte oleaje que levanta<sup>84</sup>. Llamada también carnero marino, admite que se tienen pocas informaciones sobre ellas, pasando el invierno cerca del estrecho de Córcega y Cerdeña, alimentándose de cadáveres, de focas (a las que atrae hacia sí aspirando el aire con sus poderosas fosas nasales), pero también de humanos, transmitiendo la leyenda de que los reyes de la antigua Atlántida llevaban sobre su cabeza las franjas blandas de los carneros machos como un distintivo de su poder, en tanto las reinas llevaban los bucles de las hembras como símbolo de dignidad<sup>85</sup>. Recoge una referencia sobre la morsa, que en los promontorios emite un grito que se considera de mal agüero y que provoca la muerte de quien lo escucha<sup>86</sup>. Define asimismo a los tiburones como monstruos, por cuanto algunos de ellos son de grandísimo tamaño<sup>87</sup>. También habla de los pulpos, mostrando su voracidad, hasta el punto de que si carece de presas devora sus propios tentáculos, lo que no le supone ningún problema ya que es capaz de regenerar los miembros perdidos<sup>88</sup>, siendo también una molestia para los humanos, por cuanto si son arrastrados por las olas suben a los campos

81 ELIANO, op. Cit., capítulo XVI, 6.

82 ELIANO, op. Cit., capítulo XVI, 6.

83 ELIANO, op. cit., capítulo IV, 18.

84 ELIANO, op. Cit., capítulo IX, 49.

85 ELIANO, op. Cit., capítulo XV, 2.

86 ELIANO, op. Cit., capítulo IX, 50.

87 ELIANO, op. Cit., capítulo I, 55.

88 ELIANO, op. Cit., capítulo I, 27.

y cogen los frutos de los árboles<sup>89</sup>. Voracidad no sólo gastronómica, sino también sexual, por cuanto copula tantas veces y queda tan debilitado por ello, que se convierte en una presa fácil para los cangrejos ermitaños<sup>90</sup>. Llegan a alcanzar dimensiones descomunales hasta contarse realmente entre los monstruos, y nos transmite una noticia que nos recuerda a un relato anterior de Plinio:

*“Tengo oído que, en Dicearquia de Italia, un pulpo alcanzó un enorme tamaño, y desdenaba y despreciaba el alimento del mar y el pasto que en él había. En consecuencia, se dirigía a tierra y se apoderaba de todo lo que en ella había. Y es que se metía nadando por una cloaca subterránea que depositaba en el mar las aguas residuales de la antedicha ciudad, llegándose hasta una casa que estaba en la playa, en donde se hallaba el cargamento de unos mercaderes ibéricos que consistía en salazón de Iberia depositado en enormes vasijas, echaba sus tentáculos alrededor de los recipientes de barro, y con su presión los rompía, y se daba un festín de pescado de salazón.*

*Cuando los mercaderes entraron y vieron los cascos, comprobaron que había desaparecido una gran cantidad del cargamento. Se quedaron perplejos y no podían adivinar quien sería el ladrón, ya que veían que por las puertas no se había intentado nada, el techo estaba intacto y los muros no habían sido horadados. Se veían los restos del salazón abandonados por el comensal no invitado. Finalmente, decidieron dejar en acecho y armado dentro de la casa al más decidido de los criados. Por la noche, el pulpo penetró reptando para darse el banquete acostumbrado y enrollándose en las vasijas como un atleta que se abraza fuerte y cuidadosamente al adversario para ahogarlo, el pulpo, llamémosle pirata, pronto quebrantó la vasija de barro con la mayor facilidad. Había luna llena y la casa estaba completamente iluminada y todo se veía perfectamente. El sirviente, como estaba sólo, no se atrevió a atacar al pulpo porque temía al monstruo (en efecto, el adversario era demasiado grande para él sólo).*

*Pero, al rayar el alba, contó lo sucedido a los mercaderes. Luego, algunos, recordando la magnitud del daño que habían recibido, decidieron arrostrar el peligro y se dispusieron a ir al encuentro del enemigo, y otros, anhelantes de contemplar un espectáculo nuevo e increíble, se encerraron voluntariamente con sus compañeros para ayudarles. Después, al anochecer, el ladrón compareció y se dirigió hacia su habitual banquete. Entonces, unos obturaron el conducto y otros se prepararon para el combate, y con hachas y estacas bien aguzadas cortaron los tentáculos, al igual que los viñadores y los leñadores cortan las puntas de las ramas de un roble. Y habiendo abatido su fortaleza, lograron dominarlo tarde y a duras penas, después de muchas fatigas, y lo más chocante es que los mercaderes capturaron al pez en tierra firme. La malignidad y la astucia se nos han mostrado como características de este animal<sup>91</sup>.*

<sup>89</sup> ELIANO, op. Cit., capítulo IX, 45.

<sup>90</sup> ELIANO, op. Cit., capítulo VI, 28.

<sup>91</sup> ELIANO, op. Cit., capítulo XIII, 6.

Eliano habla de otros especímenes que ya habían sido mencionados por Plinio, como los *trochoi*, que surcan el mar en bandadas, encontrándose sobre todo en las cercanías del monte Athos. No son valientes, aunque lucen cresta y espinas sumamente largas, de modo que a veces son visibles por encima del agua, si bien su cobardía provoca que en cuanto escuchan el golpeteo de los remos, se sumerjan inmediatamente<sup>92</sup>. Pero también incluye nuevas criaturas, alguna de las cuales será citada por los autores de la modernidad como la *simia marina*, a saber, el mono marino, y que Eliano ubica en el mar Rojo, el cual, “*se parece, en el color, al mono de tierra, y su cara es como la de éste. Pero una especie de vaina protege el resto de su cuerpo, y esta protección se parece a la de una tortuga y a la de un pez. Es también algo chato, como lo es el mono terrestre. El resto del cuerpo es aplastado a semejanza del torpedo, de manera que puede decirse que es como un pájaro con las alas desplegadas. De todos modos, cuando nada, parece un pájaro volando. Pero se diferencia del terrestre en lo siguiente: su cuerpo está moteado y las partes planas del cogote son bermejas como las branquias. Tiene una boca ancha situada en el extremo de la cara y en esto se parece también al pez, de una manera natural, al mono terrestre*”<sup>93</sup>. Igualmente difícil de identificar es lo que llama *aulopía*, que para García Gual es una especie de atún, concretamente el *Thymmus alalonga*, dotado de potentes mandíbulas, fuerte pescuezo y una fuerza descomunal, siendo su dorso de un color lapislázuli y su vientre de color blanco, arrancando de su cabeza una raya de color dorado que desciende hasta la cola y allí termina en un círculo<sup>94</sup>. Y qué diremos de la escolopendra de mar, el mayor monstruo que se pueda encontrar varado en la playa, con larguísimos pelos sobresaliendo de sus narices, cola plana y semejante a la de la langosta, nadando con muchas patas dispuestas en línea a uno y otro lado<sup>95</sup>.

Y, por supuesto, no podían faltar los monstruos antropomorfos, narrándonos la historia del tritón de Tanagra:

“*Sobre los tritones, los pescadores aseguran que no tienen una idea clara ni prueba evidente de su existencia, pero corre la leyenda muy difundida de que en el mar existen, ciertamente, algunos monstruos antropomorfos desde la cabeza a la cintura. Dice Demóstrato, en su tratado sobre la pesca, que vio en Tanagra un tritón en conserva. Y añade que era semejante, en muchos aspectos, a los representados en estatuas y en pinturas, pero su cabeza estaba tan estropeada por el tiempo y era tan borrosa, que no era fácil distinguirla y reconocerla. Y al tocarla yo, cayeron escamas ásperas, duras y resistentes. Uno del consejo, de los elegidos por votación para gobernar a Grecia y a*

92 ELIANO, op. Cit., capítulo XIII, 20.

93 ELIANO, op. Cit., capítulo XII, 27.

94 ELIANO, op. Cit., capítulo XIII, 17.

95 ELIANO, op. Cit., capítulo XIII, 23.

*quienes se les confía el mando por un solo año, tratando de verificar la naturaleza de lo que veía, arrancó un poco de piel, lo arrojó al fuego y, al quemarse el trozo arrojado, un acre olor llegó a las narices de los presentes. Pero –dijo– no pudimos saber si el monstruo era de naturaleza terrestre o marina. Mas el experimento no le reportó ningún beneficio, porque poco después perdió la vida al atravesar un estrecho pequeño y angosto en una corta embarcación de seis remos. Y –decían los habitantes de Tanagra, según refiere él– esto le sucedió porque había profanado al tritón y –declaraban– fue sacado sin vida del mar, y, al sacarlo, soltaba un líquido semejante en el olor al de la piel del tritón cuando la echó al fuego y la quemó. De dónde vino errante este tritón y cómo vino a quedar varado en tierra son circunstancias que deben explicar los de Tanagra y Demóstrato... sea Apolo de Dídima suficiente garantía para toda persona de corazón sano e inteligencia vigorosa. En efecto, él dice que Tritón es una criatura marítima. He aquí sus palabras: El hijo de Poseidón, monstruo del mar, sonoro Tritón se encontró cuando nadaba con la acometida de un cóncavo navío”<sup>96</sup>.*

El último autor a tener en cuenta sería Cayo Julio Solino, que vivió sobre el siglo III, y a quien se le debe una *Collectanea rerum mirabilium* que contiene una descripción geográfica del mundo antiguo. Se trata realmente de una *chorographia* comparada, una descripción de los lugares, de las tierras y de los pueblos del orbe salpicada de datos sobre fenómenos curiosos y extraordinarios de los reinos vegetal, mineral y animal. El mismo autor en la carta dedicatoria señala su intención de buscar las noticias más extrañas y detenerse en aquéllas que afectan a la naturaleza y cualidades de hombres y animales, a las plantas exóticas, a la apariencia de las gentes más remotas y a las curiosas costumbres de los pueblos más recónditos<sup>97</sup>.

Pero, en relación a los monstruos marinos, no aporta prácticamente ningún elemento de interés. Vuelve a situar en el mar de la India el lugar de ubicación por antonomasia de estas criaturas, ya que el mismo alberga “ballenas de un tamaño superior a cuatro yugadas, así como a esas otras que denominan fiesteras<sup>98</sup>, las cuales, inmensas, con mayor corpulencia que una enorme columna, se levantan por encima de las antenas de las embarcaciones y a través de unos conductos arrojan con tanta fuerza el agua que se han tragado que, con frecuencia, hunden los barcos de los navegantes con una lluviosa inundación”<sup>99</sup>. Y añade un nuevo espacio, el de las míticas Islas Afortunadas, a las cuales el mar, si está agitado, arroja sobre sus costas bestias

<sup>96</sup> ELIANO, op. Cit., cap. XIII, 21.

<sup>97</sup> SOLINO, *Colección de hechos memorables o el erudito*, edición de Francisco Fernández Nieto, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1989, pp. 29 y 31.

<sup>98</sup> Del griego *physeter*, conducto por donde los cetáceos respiran y arrojan el agua.

<sup>99</sup> SOLINO, op. Cit., 52, 42, p. 538.

marinas, y cuando éstas se descomponen, infectan todos los lugares debido a su nauseabundo olor<sup>100</sup>.

Hasta aquí, lo que nos proporciona la tradición clásica sobre los monstruos marinos. De ella podríamos destacar, en primer lugar, la ubicación geográfica de los mismos, siendo el Océano Indico el lugar privilegiado para ello (repitiéndose el relato de Nearco hasta la saciedad), lo que responde a la idea de considerar el Oriente y la India como la tierra de maravillas por excelencia, como señalara ya hace mucho Wittkower<sup>101</sup>, aunque otros autores añadirán las frías aguas del Océano Atlántico. Pero no es habitual encontrarlos en el Mediterráneo, aunque solamente sea por el hecho de que Hércules hizo el estrecho de Gibraltar más angosto a fin de que los monstruos marinos no pudieran pasar a este mar, si bien en el Atlántico el panorama cambiaba por completo, evocando el poeta romano Albinovanus Pedo el miedo que suscitaban estas aguas en su relato sobre el viaje realizado por Germánico al Océano septentrional durante el mandato del emperador Tiberio<sup>102</sup>. En segundo término, un esbozo de catálogo, en el que destacarían por encima de todos los monstruos antropomorfos, a saber, tritones y nereidas (ya que las sirenas grecolatinas son más aves que peces), y los grandes cetáceos, correspondiendo el lugar privilegiado al *physeter*. Y, finalmente, la constatación de las fuentes de estos autores. Ni Eliano ni Solino se molestan en mencionarlas, si bien Plinio es mucho más escrupuloso en este sentido, aludiendo tanto a fuentes librescas (“*los prefectos de Alejandro Magno han publicado*”<sup>103</sup>, “*un legado de la Galia manifestó por escrito*”<sup>104</sup>, “*Turrano ha publicado*”<sup>105</sup>, “*publicó Trebio Nigro*”<sup>106</sup>), como relatos orales (“*en el Océano gaditano dicen*”)<sup>107</sup>, como testigos presenciales (“*se vio una orca*”)<sup>108</sup>, aunque nada de lo que describe haya sido visto por el autor personalmente.

### La tradición judeobíblica

Aunque la cultura hebrea no estaba muy familiarizada con el mar, que le resultaba un elemento relativamente extraño, ello no quiere decir que en los textos bíblicos no aparezcan referencias a los monstruos marinos. Ya los encontramos

**100** SOLINO, op. Cit., 56, 19, pp. 568-569.

**101** WITTKOWER, Rudolf, “Maravillas de Oriente”.

**102** VAN DUZER, Chet, *Hic sunt dragones*.

**103** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 4.

**104** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 5.

**105** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 5.

**106** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 48.

**107** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 6.

**108** PLINIO EL VIEJO, op. Cit., lib. IX, c. 6.